

MANUEL CRUZ

**Escritos
sobre la ciudad
y alrededores**

prometeo
libros

Escritos sobre la ciudad (y alrededores)

Manuel Cruz

Escritos sobre la ciudad (y alrededores)

Los editoriales de *Barcelona Metr polis* y otros textos de intervención más o menos política

prometeo
libros

Cruz, Manuel

Escritos sobre la ciudad y alrededores : los editoriales de Barcelona Metrópolis y otros textos de intervención más o menos política / Manuel Cruz ; prólogo de Joan Subirats. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-531-8

1. Filosofía Contemporánea. 2. Sociología Urbana. I. Subirats, Joan, prolog. II. Título.

CDD 196.1

Cuidado de la edición: Magalí C. Álvarez Howlin

Corrección: Gisele Amaya dal Bo

Armado: Alberto Alejandro Moyano

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

editorial@treintadie.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice general

Nota previa	1
Prólogo	5
I Los editoriales de <i>Barcelona METRÓPOLIS</i>	
1. Una ciudad siempre inacabada	15
2. Cambio de piel	19
3. Madrid, de reojo	23
4. La ciudad es un gran invento	27
5. El valor de la proximidad	31
6. La naturaleza, prehistoria de la ciudad	35
7. Contra la ciudad alegre y confiada	39
8. De la escasez a la austeridad	43
9. El postmaterialismo es un humanismo	47
10. Opinión pública, opinión publicada	51
11. Sexo por dinero: ¿admisible?	57
12. Cambiar de ideas, cambiar de vida	61
13. Orientarse en medio de la nada	65
14. Habitantes de la angustia (diez años después)	69

II Otros textos de intervención más o menos política

15. Peronismo a la catalana	75
16. Demasiado ruido, demasiada furia	81
17. Ni se le ocurra continuar leyendo	85
18. Mayo, aquella primavera en Europa	89
19. Adiós, mayo, adiós	93
20. Lo peor de cada casa (Bolonia como excusa)	97
21. La desafección va por barrios	101
22. Por favor, no se me confundan de enemigo (un artículo malhumorado)	105
23. ¿Y si Fukuyama hubiera tenido razón?	109
24. Una generación se despide	113
25. Ay, esta juventud de hoy en día.	119
26. Usted es el asesino	123
27. La fuerza de trabajo no tiene derechos	127
28. Inyectar sociedad	131
29. Desenredar la madeja del presente	135
30. Airada desesperación	139
31. De la generación del futuro a la generación sin futuro	143
32. Independencia: ¿para qué, exactamente?	147
33. Decida usted lo que yo le diga	153
34. Lampedusa cabalga de nuevo	157
35. No confundan ilusión con ilusionismo	161
36. Derecho a decidir y respeto a lo decidido	165
37. Llamamiento a la reconciliación familiar	169

38. Fin de raza	173
Epílogo: desventuras del pensamiento progresista	177

Nota previa

Me agradecería pensar que tanto el título como el subtítulo del presente volumen le habrán de resultar al hipotético lector suficientemente indicativos de lo que podría encontrarse a continuación si se animara a adentrarse en sus páginas. Empezando por el final del libro, esto es, por su segunda parte, los escritos que en ella se incluyen (calificados, no sin un leve toque de ironía, como «de intervención más o menos política») han ido apareciendo en diversos periódicos, tanto nacionales como extranjeros, y responden a la sostenida voluntad de contribuir, a la modesta escala a la que puede aspirar un articulista, a que el debate de ideas no sea meramente autorreferencial. O, lo que es igual, a que no se confine en la discusión acerca de ellas mismas, como con tanta frecuencia ocurre en el ámbito académico, sino que se esfuerce en ponerlas a prueba y, si procede, utilizarlas en otros ámbitos, especialmente en los relacionados con la cosa pública. Por lo que respecta a la primera parte, se recogen en la misma los editoriales que fueran apareciendo en la revista *Barcelona METRÓPOLIS* a lo largo de los últimos años. Como resultaría, sin duda, por completo presuntuoso dar por descontado no solo que todo el mundo estaba al tanto de la existencia de la revista sino también que incluso había seguido con atención sus últimos avatares, se me permitirá que dedique el resto de esta nota previa a proporcionar algunos elementos contextuales que puedan resultar de utilidad para entender adecuadamente el contenido de esa inicial parte del libro.

Cuando Carles Martí, a la sazón primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Barcelona, me propuso la dirección de una revista que hasta entonces se había denominado *Barcelona Metròpolis Mediterrànea* y había estado dirigida hasta su jubilación por Joan Anton Benach, he de

reconocer que me asaltaron algunas dudas, de diverso tipo. El proyecto de dicha revista, nacida durante el mandato del alcalde Maragall, había sido el de ir elaborando lo que al propio Benach le gustaba describir como «una biblioteca de la ciudad», de tal manera que quien hipotéticamente dispusiera de la totalidad de sus números pudiera componerse una imagen cabal de las transformaciones que había experimentado Barcelona a lo largo de la etapa de gobierno socialista de la ciudad antes del alcalde Hereu.

Aquella conversación con Carles Martí se produjo en un escenario que se había transformado de manera significativa respecto al inmediatamente anterior. Por decirlo rápidamente, el Forum de las Culturas ya había tenido lugar, y el incontestable fracaso político de la empresa marcaba un punto de inflexión en la manera de pensar la ciudad que resultaba de todo punto imposible soslayar. Se había empezado a convertir en un lugar común la crítica al *modelo Barcelona* y, por ello mismo, parecía necesario (en esto coincidíamos abiertamente Carles Martí y yo) proporcionar un espacio en el que desarrollar un debate que fuera más allá de nuestra concreta realidad urbana, y alcanzara en general a lo urbano mismo y a todos sus problemas. Así fue como nació la nueva *Barcelona METRÓPOLIS*.

Hubo amigos, sin duda bienintencionados, que recelaron del encargo, y me trasladaron su escepticismo respecto a la posibilidad de llevar a cabo un debate libre y abierto, plural y crítico, en una publicación en última instancia dependiente de la administración municipal, esto es, del dinero público. No terminaban de fiarse de que, efectivamente, *desde el poder* pudiera promoverse un espacio de tales características. Yo comprendía sus recelos, pero les replicaba que se me había garantizado que en modo alguno existirían intromisiones, indicaciones o sugerencias (y, menos aún, como es obvio, vetos o censuras). El tiempo se encargó de darme la razón y puedo certificar que todo lo que se fue publicando en la revista respondía a lo que nos parecía más adecuado a quienes, con mejor o peor criterio, la hacíamos. Y hay que decir que, en este capítulo, no escasearon en las páginas de *Barcelona METRÓPOLIS* las críticas absolutamente radicales, no ya solo al modelo de ciudad mantenido durante las décadas de gobierno municipal socialista, sino incluso a sus concretos gestores (a

tal extremo llegaba nuestro interés en que ello fuera posible que los más críticos disponían de una sección fija donde formular sus enmiendas a la totalidad, denominada «El dedo en el ojo»).

Algún viejo marcusiano habrá que le quite toda importancia a esto y sostenga que, a fin de cuentas, aquellos jóvenes responsables políticos se comportaron como lo hubiera hecho cualquier otro de cualquier otro signo, esto es, permitiendo las críticas –en última instancia irrelevantes porque, como suele repetir cualquier sesentayochista que se precie, ¿acaso al poder le importan las ideas?– a fin de ponerse luego la medalla de abiertos, tolerantes, demócratas y demás méritos. Es de sobra conocida, continuaría argumentando nuestra imaginaria figura, la casi infinita capacidad de todo poder para fagocitar y metabolizar las críticas, convirtiéndolas en un elemento ornamental, decorativo, que en absoluto cuestiona la estructura profunda de lo existente.

No pretendo hacer caricatura de nadie, y menos aún de quienes, desde su particular perspectiva, por más nostálgica que a otros les pueda parecer, continúan empeñados en la transformación de lo que hay. En todo caso debo decir que los mencionados escépticos se equivocaban de medio a medio al restar valor a aquel espacio de libertad, como, desafortunadamente, el tiempo se encargó de mostrar. No es este el lugar de referir el episodio de real y efectiva censura ideológica (con la fulminante supresión de un *dossier* sobre nuevas formas de familia) que se produjo en el instante mismo en el que el gobierno de la ciudad de Barcelona cambió de signo político, y el nacionalismo conservador tomó las riendas de las publicaciones municipales.¹ Pero importa señalar, eso sí, que resulta absolutamente revelador del peso que siguen teniendo las consideraciones ideológicas precisamente en aquellos que no cesan de repetir que el tiempo de las ideologías ha pasado.

Aludía al principio de la presente nota a las variadas dudas que me asaltaron al recibir el ofrecimiento de dirigir la revista. Probablemente, a la vista del resultado final, pueda afirmarse que la mayor parte de ellas resultaron infundadas. En todo caso, solo a una más me agradaría hacer mención antes de permitirle al lector continuar adelante. No me importa

1. Quien tenga interés en conocer los detalles del episodio puede acudir a: http://ccaa.elpais.com/ccaa/2012/03/12/catalunya/1331587728_143364.html

Manuel Cruz

reconocer que también me preocupaba que mi falta de experiencia en la concreta tarea que se me invitaba a emprender pudiera repercutir en la calidad del producto. No sabía muy bien en qué medida podían resultar un suficiente aprendizaje los conocimientos adquiridos durante los años (bastantes, por cierto) de trabajo editorial, dirigiendo diversas colecciones de libros de pensamiento. Al final terminé descubriendo que aquellos conocimientos sin duda resultaban de utilidad, pero también que únicamente con ellos no hubiera bastado.

Por fortuna, pude contar desde el primer momento con una ayuda profesional y humana a la que es de estricta justicia hacer mención ahora. Imposible elaborar una relación completa de las muchas personas que, de diversas formas, contribuyeron al éxito de la empresa y que, por ello mismo, se lo podrían atribuir como propio. Desde aquellas que, dentro del equipo de gobierno de la ciudad de Barcelona, me expresaron su aliento y apoyo, hasta las que fueron aceptando generosamente colaborar en las páginas de la revista y la enriquecieron con sus aportaciones. Sin olvidar, claro está, a los miembros del consejo de redacción que alimentaban la publicación con sus oportunas e inteligentes propuestas y, cómo no, a los periodistas que, desde la redacción, llevaban a cabo con discreción y eficacia el importante trabajo, casi siempre invisible, que un proyecto como este comporta. Estoy seguro de que todas las personas no mencionadas aceptarán que, puestos a dar un nombre, elija el de esa magnífica profesional y leal colaboradora que ha sido siempre Carme Anfosso, directora editorial de *Barcelona METRÓPOLIS*, para encarnar tanta y tan generosa ayuda, por la que no puedo por menos que dejar constancia aquí de mi agradecimiento.

Manuel Cruz

Barcelona, diciembre de 2012

Prólogo

Los grandes procesos de cambio que han atravesado con más o menos virulencia todos los ámbitos de convivencia social a lo largo y ancho del mundo (en especial en los últimos veinte años), en campos como el trabajo, la familia o la estructura social, han afectado de manera muy intensa a las ciudades y espacios urbanos. Como bien sabemos, es en las áreas urbanas donde se concentran problemas, pero también oportunidades. Donde conviven significativos procesos de innovación junto con dinámicas de individualización o de segmentación social que tienden a separar funciones y personas. El libro que aquí prologo es un magnífico ejemplo de ello. Manuel Cruz, fino estilista del saber, acostumbrado a poner en juego sus conocimientos y habilidades en muchos campos distintos, presenta en los textos que recoge este volumen un conjunto plural y poliédrico de reflexiones sobre la ciudad y, como bien dice, «sus alrededores». Porque, de hecho, casi todo es ciudad, y casi todo está en sus alrededores. Y porque la ciudad, como dice Cruz, «es un espacio privilegiado de realidad».

En efecto, el problema conceptual que tenemos hoy día es que se ha producido una dislocación del binomio clásico «ciudad-urbano». La especificidad de la ciudad era la capacidad de contener, en unos límites precisos, un sinfín de posibilidades y de recursos. Dentro de sus confines todo era posible. Lo que ha ido sucediendo es que el éxito de la ciudad ha implicado, poco a poco, que sus límites hayan resultado insuficientes. Como demostró Jane Jacobs, la ciudad fue la gran propulsora de la modernización rural, y lo fue gracias a su capacidad de diferenciación. La ciudad contribuyó decisivamente a vincular desarrollo con maneras diferentes de hacer las cosas, y a la rápida difusión que esa

innovación, que esa diferenciación obtenía de la densidad de relaciones y de contactos, así como la diversidad de intereses que la ciudad contenía y proporcionaba. La ciudad permitía hacer no solo más cosas, sino, sobre todo, hacerlas de manera distinta. La propia evolución del mundo y de sus estructuras económicas y sociales, ha ido priorizando las ventajas de la ciudad, y por tanto ha tendido a expandir esas ventajas fuera del estrecho marco en que las ciudades habían ido desarrollándose. Las ciudades, algunas ciudades, han ido generando una concentración urbana y social muy significativa de innovación-diferenciación, de producción-consumo, y de esta manera han ido superando las fronteras artificiales que la política había construido en torno a esos enclaves urbanos.

Esa misma superación de los límites tradicionales de la ciudad y esa tendencia a «generalizar lo urbano», han propiciado que se hable de «la muerte de los lugares». Desde esta perspectiva, la globalización económica, la gran facilidad de conexión que las nuevas tecnologías han potenciado, han hecho de nuevo al mundo «plano», es decir, han reducido los costes de la localización. En este sentido, sería ahora cierto que ya no debería uno estar en la/las ciudades para poder crear-diferenciar-inventar. La distancia dejaría pues de ser un problema. Las tecnologías de la comunicación habrían «aplanado», habrían acercado a todo el mundo. Los flujos (de comunicación, de relación, de intercambio. . .) estarían pues reemplazando a los lugares. Pero nos hemos ido dando cuenta de que si bien ello es en parte cierto, también lo es el hecho de que la capacidad de innovación y de diversificación (siguiendo a Jacobs) ha tendido a seguir concentrándose, no ya solo en las ciudades en sentido estricto, pero sí en ciertos territorios que engloban ciudades. Las reflexiones de Cruz apuntan constantemente a eso. Parten de la ciudad, parten de lo que ocurre en la ciudad, para plantearnos temas, dilemas y categorías que trascienden lo urbano. Los alrededores de la ciudad no se separan de lo que ocurre en la propia ciudad. Es un libro que toma la ciudad como pretexto, pero que solo se entiende desde esa misma ciudad.

El escenario actual presenta dos caras. En una se trivializa el lugar. No es demasiado importante dónde se producen los bienes, y en ciertos casos tampoco es significativo desde dónde se gestionan o se generan

los servicios demandados. Pero, al mismo tiempo, tenemos muchas evidencias de que las actividades de lo que se llama «alto valor añadido» tienden a concentrarse en un reducido número de lugares, quizás con novedades significativas en relación al mapa típico de ciudades-estrella de hace veinte años (con nuevos nombres como Dublín, Shangai, Bangalore, Seúl o Singapur), pero sin que ello produzca una difuminación del valor del emplazamiento territorial como concentración fuerte de recursos en innovación, diseño, finanzas y medios de comunicación. Podríamos decir que, paradójicamente, cuanto más móviles son las cosas, más determinantes son los lugares en que esas cosas se piensan y se gestionan. Y, en este sentido, el libro nos traslada de Barcelona a Madrid, al París del Mayo del 68, o a la Bolonia de la reforma universitaria, para regresar a Barcelona. El lugar importa, pero importa asimismo lo que ocurre en ese lugar.

Desde el punto de vista que aquí nos interesa, lo cierto es que el reconocimiento de ese aplanamiento y, al mismo tiempo, de esa resignificación territorial, convierte a la dimensión urbana en algo muy distinto a lo que tradicionalmente la vinculaba a la realidad de las ciudades. La condición urbana se relacionaba con la dimensión cívico-física de las ciudades, y se la entendía como el contenedor de comunicaciones y relaciones de todo tipo en el interior de unos límites precisos. La ciudad ha sido siempre un lugar difícil en el que vivir, pero el grosor y la intensidad real o potencial de relaciones la convertían en tremendamente atractiva. Como dice el economista y premio Nobel, Robert Lucas, lo que en el fondo hace que la gente siga persistiendo en vivir en lugares difíciles y caros como Londres, Nueva York o París, es que les gusta, necesitan, vivir con otra gente. Esa fuerza de la agregación, de estar juntos, es lo que atrae como base de innovación, de cambio, de creatividad y de recursos disponibles.

Las ciudades han generado pues dos tipos de reacciones simultáneas y contradictorias. La existencia de lugares en los que la complejidad (debido a su dimensión, a su heterogeneidad, a su conflictividad real o potencial) asusta y dificulta el habitar en ellas, y el hecho de que solo en ellas es posible generar cambios significativos en cómo hacer las cosas, en cómo vivir, producir, aprender o disfrutar. Su misma complejidad

generaba su mayor creatividad. Su vulnerabilidad y dependencia de recursos del exterior (en términos de comida, energía, etc.), generaba también su propia capacidad de generación de riqueza, potencialidad de intercambio y de atractividad.

Pero lo cierto es que en los últimos años, la propia fuerza de las ciudades como nudo privilegiado de una red global de intercambios, ha generado la progresiva disolución de sus límites. Y si bien ello podría haber significado su éxito sobre la «no-ciudad» que rodeaba su perímetro, en la práctica ha implicado una regresión en relación al sentido liberador que había tenido en el medioevo («El aire de la ciudad nos hace libres», *Stadtluft macht frei*). Si la ciudad se había convertido históricamente en el espacio limitado que permitía prácticas ilimitadas, estamos cada vez más en presencia de entornos urbanos que se nos presentan como ilimitados (en sus contornos), pero que solo permiten prácticas limitadas en alguno de sus pliegues internos. Las megaciudades, «lo urbano generalizado», traen, como consecuencia, su fragmentación interna, la segmentación de sus gentes y prácticas.

Cuanto más se generaliza lo urbano, las ciudades van perdiendo su significación autónoma. Pierden su capacidad de ser promesas de integración y liberación. Se pierde el orden interno, y el flujo predomina. Pero, atención, esa nueva realidad que subvierte la relación centro-periferias, no despolitiza la ciudad. Siguen existiendo jerarquías entre espacios urbanos, a partir de su mejor o peor conexión con las redes globales, y a partir de la mayor o menor capacidad de contener los nuevos y viejos recursos que explican innovación, diferenciación y creatividad. Las ciudades se despliegan hacia fuera, mientras crean nuevos repliegues internos, repliegues en los que se concentran riqueza o pobreza, conectividad-movilidad o enraizamiento-dependencia, seguridad público-privada o inseguridad autónomamente gestionada.

Es precisamente esa dimensión política y social de los cambios urbanos, esa desigualdad creciente en el conjunto de tramas urbanas y los efectos hacia el exterior de las mismas, la que está muy presente en el texto de Manuel Cruz que prologamos. No hay duda de que el debate de la cuestión social está intrínsecamente unido a la cuestión urbana, y en muchas de sus reflexiones así se pone de relieve. Y son precisamente los

cambios más recientes en el desarrollo capitalista, con su impacto sobre la dimensión urbana, los que han ido conduciendo a esa convergencia entre «lo urbano» y «lo social». A medida que se difuminan los límites entre ciudad y región, entre centro y periferia, a medida que se pone el énfasis en los «flujos» sin dejar de preocuparse por los «lugares», más difícil resulta mantener diferenciados los campos de reflexión de las dinámicas urbanas y de las dinámicas sociales.

Lo específicamente urbano se relacionaría con lo espacial (como lugar de ensamblaje de unidades de producción y trabajo), con sus centros de gravedad, que mantienen fuertes lazos de interdependencia (movilidad, recursos, conexiones *face-to-face*, redes de recursos. . .), y que de alguna manera se diferencian de otros núcleos territoriales contiguos. Los aspectos sociales serían significativos en tanto y en cuanto ayudan a diferenciar ese espacio de otros (sea desde el punto de vista de género, étnico, de seguridad o de nivel educativo). Pero, ¿permite esa distinción establecer unos claros parámetros de diferenciación entre lo urbano y lo social? ¿Hemos de asumir, como hacen algunos especialistas, que una política urbana es simplemente una política pública que tiene como objetivo el espacio urbano (en toda su complejidad)?

Lo cierto es que, cada vez más, lo urbano y lo social se mezclan, en la medida en que la propia diferenciación capitalista entre lugares y espacios de producción y lugares y espacios de convivencia, reproducción y cuidado, tienden a mezclarse y a difuminar sus fronteras. Y es precisamente esa reconfiguración y revalorización del espacio público como gran contenedor de todas las complejidades e interacciones sociales, desde las más cotidianas a las más generales y abstractas, la que refuerza la importancia y necesidad de una repolitización de lo urbano, a partir de sus nuevas dinámicas y a partir de los dilemas que plantea para las políticas públicas. Lo urbano, en su renovada dimensión territorial, es el espacio en el que se mueven las políticas, buscando respuestas específicas para ese espacio, con todo lo que ello significa desde el punto de vista de ruptura de las dimensiones universales y de ciudadanía que trascendían teóricamente las especificidades territoriales.

Por otro lado, podemos afirmar que el bienestar hoy va pasando de ser una reivindicación global para convertirse cada vez más en una demanda